ORAR EN EL MUNDO OBRERO

23º domingo del Tiempo Ordinario (9 de septiembre de 2018)

Comisión Permanente HOAC

Muchas veces he pensado, viendo a los sordomudos «hablar» de problemas teológicos con las manos, que quizá la humanidad equivocó el camino al comunicarse con sones en vez de hacerlo por signos. En vez de acompañar las voces con las manos, debería acompañarse el lenguaje de las manos con la voz. La facilidad con que se entienden los sordomudos de países muy apartados hace suponer que la «confusión» de lenguas no es posible en ellos. Si ya esto no está en nuestra mano, el cambiarlo, podemos, al menos, considerarlo (Rovirosa, OC, T.V. 608).

Hay que recordar que el discernimiento orante requiere partir de una disposición a escuchar: al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas. Solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial o insuficiente, a sus costumbres, a sus esquemas. Así está realmente disponible para acoger un llamado que rompe sus seguridades pero que lo lleva a una vida mejor, porque no basta que todo vaya bien, que todo esté tranquilo. Dios puede estar ofreciendo algo más, y en nuestra distracción cómoda no lo reconocemos (GE 172).

Escucha la vida

Resulta llamativo el silencio en el metro por las mañanas a pesar de que no cabe un alfiler. Casi todos embebidos en sus móviles. Pocos en un libro. Y, alguno, extraño como yo, dedicados a mirar y contemplar a nuestro alrededor los rostros, las miradas, las expresiones –en su mayoría tristes y cansadas- de mis compañeros de viaje, mientras los voy encajando en mi oración tratando de leer su vida. Todos callados… ¿incomunicados?

Es un silencio que se escucha. Un silencio que se impone sobre alguna solitaria y lejana conversación subida de volumen que no encaja en el conjunto. Es un silencio que habla. Si ya de mañana todos nos encaminamos al trabajo en silencio quizá sea porque necesitamos escuchar, pero ¿qué? ¿O a quién?; o, quizá sea que nos hemos vuelto mudos, nos hemos quedado sin palabras, que sirvan para saludar un nuevo día de precariedad, de deshumanización, de carga insoportable… Quizá es que sentimos que no vamos a encontrar escucha en quienes nos rodean, ni capacidad de comprensión. Quizá vamos dibujando mentalmente el día que tenemos por delante… Quizá… ¡Qué tu Reino sea un hecho, hoy también, en mí y en ellos!

¿Cómo va a ser tu día hoy?

Esta mañana desperté emocionado
con todas las cosas que tengo que hacer
antes que el reloj sonara.

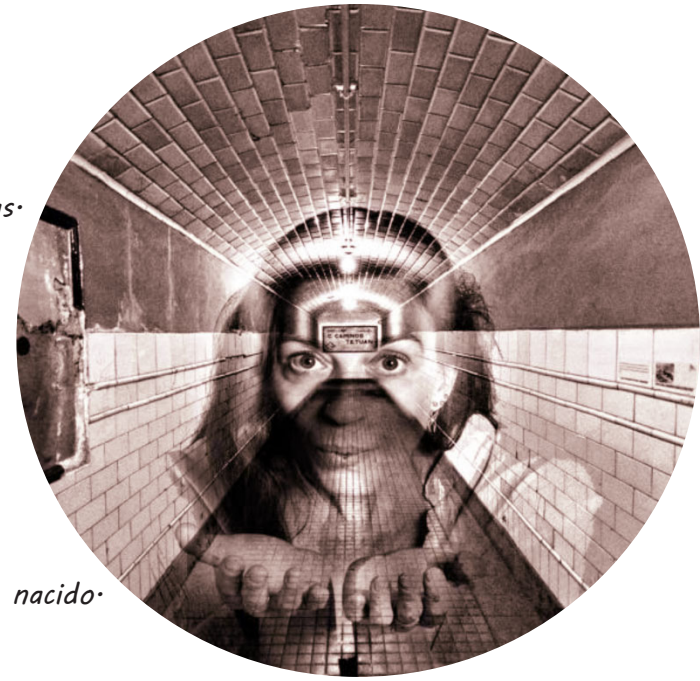
Tengo responsabilidades que cumplir hoy. Soy importante.
Mi trabajo es escoger qué clase de día voy a tener.

Hoy puedo quejarme porque el día está lluvioso
o puedo dar gracias porque las plantas están siendo regadas.

Hoy me puedo sentir triste porque no tengo más dinero
o puedo estar contento porque mis finanzas me empujan
a planear mis compras con inteligencia.

Hoy puedo quejarme de mi salud
o puedo regocijarme de que estoy vivo.

Hoy puedo lamentarme de todo
lo que mis padres no me dieron mientras estaba creciendo
o puedo sentirme agradecido de que me permitieran haber nacido.



Hoy puedo llorar porque las rosas tienen espinas
o puedo celebrar que las espinas tienen rosas.

Hoy puedo autocompadecerme por no tener muchos amigos
o puedo emocionarme y embarcarme en la aventura de descubrir nuevas relaciones.

Hoy puedo quejarme porque tengo que ir a trabajar
o puedo gritar de alegría porque tengo un trabajo.

Hoy puedo quejarme porque tengo que ir a la escuela
o puedo abrir mi mente enérgicamente
y llenarla con nuevos y ricos conocimientos.

Hoy puedo murmurar amargamente porque tengo que hacer las labores del hogar
o puedo sentirme honrado porque tengo un techo para mi mente y cuerpo.

Hoy el día se presenta ante mí esperando a que yo le dé forma
y aquí estoy, soy el escultor.

Lo que suceda hoy depende de mí. Yo debo escoger qué tipo de día voy a tener.

Que tengas un gran día... a menos que tengas otros planes...

(Mario Benedetti)

En esa vida nos habla Dios

Mc 7,31-37: Hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

Dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del mar de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo, que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga la mano. Él, apartándolo de la gente, a solas, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: Effetá (esto es, «ábrete»). Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba correctamente. Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: «Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos».

Palabra del Señor

Para ayudarte a acoger la Palabra

El sordomudo es, en la concepción de la época de Jesús un pecador, o el hijo de unos pecadores. Su enfermedad es un castigo. Para el israelita, el pagano es sordo y mudo porque no conoce la Ley.

En el enfermo que le presentan Jesús descubre el símbolo de los que se encierran en sí mismos y viven incomunicados, como los discípulos que van mostrando su incapacidad de entender la buena noticia; ha de ser Jesús quien abra sus oídos y destrabe su lengua.

El sordomudo también es imagen del creyente hoy, que tantas veces parece que vive escuchándose a sí mismo. Se nos han de abrir los oídos, porque los creyentes hemos de ser "oyentes de la Palabra". Abrir nuestros oídos supone también abrirse a los demás. Cerrar los ojos, los oídos y el corazón al sufrimiento de los pobres, nos sitúa fuera del proyecto salvífico de Dios. *Desafiemos la costumbre, abramos bien los ojos y los oídos, y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado* (GE 137).

Oídos que no escuchan, corazón insensible. La soledad se ha convertido en una plaga de nuestra sociedad. Hemos perdido la capacidad de llegar a encuentros humanos, cálidos, cordiales y sinceros con los demás. Nos cuesta entenderles y amarles sinceramente. Una incomunicación que tiene su raíz casi siempre en el egoísmo, en la desconfianza y en la insolidaridad. En la fe encontramos los creyentes la luz y la fuerza para superar el aislamiento individualista, la incomunicación insolidaria y egoísta que nos vuelven sordomudos ante la vida.

Tenemos que cultivar la "virtud de escuchar" la vida, para percibir y proclamar su misterio. Jesús, con su gesto, realiza en el sordomudo lo que todos necesitamos: abrir nuestra vida a nuestra realidad más profunda, y ayudarnos a escuchar la llamada de la Vida. Sin oídos para escuchar ni boca para hablar es imposible comunicarse con Dios y con los demás, formar pueblo, acoger el Evangelio.

Muchas veces aún el pueblo cristiano apenas tiene voz, y se le trata como a un sordomudo. Pero todo el pueblo cristiano, y cada uno de nosotros y nosotras necesitamos escuchar y hablar. Se nos han de soltar las trabas de la lengua, para que nuestra vida hable de aquello que hemos visto y oído, de lo que el Señor va haciendo con nosotros cuando dejamos que su Espíritu guíe nuestra existencia.

En este comienzo de curso, a la hora de ir concretando tu proyecto de vida podías preguntarte ¿a qué y a quién necesitas abrir los oídos? ¿Qué trabas atrapan tu lengua –no solo tu palabra, sobre todo tu testimonio de vida– y te hacen mudo para los demás? ¿Qué debes contemplar en tu proyecto de vida para crecer en escucha a Dios en la vida, y para crecer en la santidad de vida que sea testimonio para los demás?

Recoge todo lo reflexionado y orado

¡Effetá - abríos!

Que los sordos dejen de hacerse los sordos.
Que se limpien los oídos
y salgan a las plazas y caminos;
que se atrevan a oír lo que tienen que oír,
el grito y el llanto, la súplica y el silencio
de todos los que ya no aguantan.

Que los mudos tomen la palabra
y hablen clara y libremente
en esta sociedad confusa y cerrada;
que se quiten miedos y mordazas
y se atrevan a pronunciar las palabras
que todos tienen derecho a oír:
las que nombran, se entienden y no engañan.

¡Danos oídos atentos y lenguas desatadas!

Que nadie deje de oír el clamor de los acallados,
ni se quede sin palabra ante tantos enmudecidos.
Tímpanos que se conmuevan para los que no oyen.
Palabras vivas para los que no hablan.
Micrófonos y altavoces sin trabas ni filtros
para pronunciar la vida,
para escuchar la vida y acogerla.
¡Que los sordos oigan y los mudos hablen!

Que se rompan las barreras
de la incomunicación humana
en personas, familias, pueblos, y culturas.
Que todos tengamos voz cercana y clara
y seamos oyentes de la Palabra en las palabras.
Que construyamos redes firmes
para el diálogo, el encuentro, el crecimiento
en diversidad y tolerancia.

¡Danos oídos atentos y lenguas desatadas!

Que se nos destrabe la lengua
y salga de la boca la Palabra inspirada.
Que se nos abran los oídos para recibir
la Palabra salvadora ya pronunciada,
y en lo más hondo de nuestras entrañas.
Que se haga el milagro en los sentidos
de nuestra condición humana
para recobrar la dignidad y la esperanza.

Para el grito y la plegaria,
para el canto y la alabanza,
para la música y el silencio,
para el monólogo y el diálogo,
para la brisa y el viento,
para escuchar y pronunciar tus palabras
aquí y ahora, en esta sociedad incomunicada,
Tú que haces oír a los sordos y hablar a los mudos...

¡Danos oídos atentos y lenguas desatadas!

(F. Ulibarri)

Y ofrece tu vida

Señor, Jesús,
te ofrecemos todo el día...

María, madre de los pobres,
ruega por nosotros.